

Documentos

CIDESD

31

Septiembre/2021

La ilusión desvanecida tras la pandemia



Lluís Casanovas
Director

"Algo se ha agotado en América Latina, los pretextos para justificar la pobreza"

Carlos Fuentes (1995)

Panorama en tiempos de pandemia

La pandemia COVID-19 en sus momentos iniciales abrió la puerta a un sinfín de buenas intenciones y de proclamas humanistas. La situación excepcional, la incertidumbre y el miedo llevaron a un crecimiento desenfrenado de la valoración de la solidaridad, el apoyo mutuo, el compartir, el cooperar, la dimensión pública, etc. e incluso a un desmesurado optimismo acerca del retorno a una vida más fraterna entre los seres humanos, regida por el valor de la igualdad, el quehacer colectivo y la armónica relación con la naturaleza.

Los pensamientos optimistas y aquellas respuestas solidarias buscando y exaltando el apoyo y la unión social, y también espiritual, pronto se desvanecieron. La práctica cotidiana y concreta y las dinámicas de la reanudación de actividades laborales y sociales fueron poniendo en evidencia que cualquier avance en este sentido es un espejismo. Más bien, se tiende hacia lo contrario, recordando y reafirmando que estamos en la era del individualismo, de las soluciones individuales (enmarcadas, ahora, en el núcleo familiar tradicional) y del "sálvense quien pueda". Y aquél "que nadie se quede atrás" quedó en el olvido.

La tan cacareada reanudación económica tendrá y tiene unxs perjudicadxs. Son lxs de siempre. La población desfavorecida y vulnerable, lxs jóvenes y las mujeres llevan la peor parte, como la llevan en las distintas oleadas de la pandemia y como la llevaban con anterioridad al COVID-19. En estos tiempos de incentivos para la reactivación económica las relaciones sociales, en lugar de cambiar, se encuentran más inmersas en relaciones de poder que profundizan las desigualdades sociales asociadas a las clases sociales, al género, a la etnia; amplían las brechas entre ricos y pobres; y extienden la pobreza. Asimismo, en medio del ruido pandémico y los limitantes de la ciencia, los poderes fácticos

están obsesionados en construir culpables e imponer discriminaciones a la ciudadanía sin mencionar el resto de la realidad que entrañan los determinantes sociales, las políticas económicas neoliberales, el desarrollo economicista y la globalización financiera y expoliadora del gran capital, que como diría Mike Davis¹ son el motor de la evolución de esta enfermedad.

En este orden de cosas, la pandemia COVID-19, las medidas de prevención y mitigación promovidas y las estrategias de la llamada reactivación económica implementadas por los gobiernos han puesto de manifiesto cómo el orden patriarcal-capitalista se mantiene de manera hegemónica definiendo la forma de la organización de la sociedad que impone las desigualdades estructurales en las relaciones sociales, y sobre todo en las relaciones intergenéricas y étnicas.

Las dinámicas de dominación/subordinación se han evidenciado en las renovadas dinámicas interclasistas. De la misma manera, en las relaciones genéricas no sólo se han vuelto más evidentes con la pandemia sino que se han visto exacerbadas afectando más a las mujeres pobres y racializadas. Las políticas y medidas aplicadas y el manejo de la crisis, por parte tanto de gobiernos nacionales como de las administraciones locales, han tenido graves repercusiones en la vida de las mujeres y niñas constituyéndose en serios impedimentos para el disfrute pleno -en condiciones de igualdad de todos sus derechos humanos-, y en importantes obstáculos para la realización de sus intereses y capacidades.

Lo que vivimos tiene historia

El aumento de la pobreza surgido en estos tiempos de pandemia va de la mano del modelo de desarrollo impuesto durante estas últimas décadas donde, año tras año, se han debilitado los sistemas de salud -desconociendo la importancia de la salud colectiva y la promoción y prevención en salud-, de protección social, educación y ciencia; y se ha precarizado el trabajo -reduciendo los ingresos y los valores de las pensiones-. Todo ello, patrocinado y amparado por la austeridad fiscal, las políticas fiscales sin potencial redistributivo, los mitos de la “teoría del derrame” y de las privatizaciones, y una globalización económica que justifica la socialización mundial de las pérdidas financieras y la privatización de las ganancias en pocos. Al tiempo, que favorece la desestatización y la generalización de las desigualdades y discriminaciones. Como resultado un ‘no-desarrollo’ incoherente e inhumano, centrado en la acumulación de capital por encima de las personas, apropiación indebida de bienes que son de todos y depredación y saqueo ambiental.

La aparición del COVID-19 lo único que ha hecho es asentarse y alumbrar lo existente que se mantenía camuflado en un aparente éxito neoliberal. Éxito mezquino que ante la pandemia no ha podido dar respuestas eficaces ni integradoras. Incluso, su delirio mercantilizador, no ha sabido cómo actuar y se ha mostrado impotente para resolver la situación. Durante la emergencia, el miedo y la incertidumbre se apoderaron de la sociedad y el endiosado *mercado* -ejemplo de incapacidad e inoperancia- y sus acólitos libremercadistas enmudecieron y se paralizaron. Pero ahora vuelven al ruedo anclados en su imaginario pre-pandémico con sus tradicionales discursos, recetas y falacias.

¹ Al respecto ver Mike Davis en *Llega el monstruo. Covid-19, gripe aviar y las plagas del capitalismo*. Ed. Capitán Swing, Madrid, 2020.

Evidencian en su retorno una ansiedad y un afán en dejar instalado en la sociedad - utilizando todos los medios incluidas las amenazas catastróficas y el sinsentido de la zozobra- el discurso de siempre, redimensionando la relevancia y complejidad de la economía y subrayando, desmesurada e insistentemente, que las medidas económicas que se adoptan son las únicas posibles. Mantienen, como diría Bernardo Kliksberg, la habitual falacia de “*No hay otra alternativa*”. Se autoproclaman, como siempre, como la única solución para salir de la crisis como si sus propios postulados no fueran responsables de los determinantes reales de las muertes anticipadas por el debilitamiento de los servicios de salud, la ausencia de la salud colectiva, la precariedad laboral, y la desprotección social que vivimos en estos tiempos de pandemia y que la crisis social y económica actual agudizan. Persisten en dar preferencia a lo individual y personal e ignoran, una vez más, lo común.

Temen que la pérdida de credibilidad de su modelo de desarrollo impulse cambios en las reglas de juego que condenaron, durante la pandemia, a la marginación y a la vida indigna a una gran mayoría de la población. Temen que la ciudadanía reclame más protagonismo del Estado frente a las catastróficas consecuencias de las privatizaciones en los bienes y servicios básicos (salud, protección social, vivienda, servicios públicos, educación...etc.) que han provocado más humillación, sufrimiento, discriminación y segregación social en las familias más desfavorecidas y pobres. Temen que la magia de las privatizaciones como verdad absoluta quede profundamente desprestigiada al no responder a los intereses públicos, no mejorar la administración para la ciudadanía y hacer gala de ineficiencia y, también de corrupción. Temen como afirmó el Papa Francisco, que la urgencia de reactivar la economía, gravemente afectada por la pandemia -que entre otras cosas ha supuesto una pérdida de puestos de trabajo sin precedentes- debe dar lugar a "una profunda reforma de la economía"².

Lo que vivimos es inmoral

Hoy por hoy, las propuestas de reactivación económica no muestran una autocrítica real y sincera ni mucho menos, una relectura con aprendizajes sobre la importancia de lo común. Sus intereses y sus iniciativas inmediatas no apuntan, desde una mirada estratégica, a una transformación económica como alternativa para el bien común y el bienestar colectivo.

El poder económico y financiero dirige, nuevamente, las miradas solo hacia el crecimiento y la necesidad vital de recuperar las ganancias y la maximización de utilidades perdidas. De manera maniquea lo presentan como el único camino salvífico para salir de la crisis ocasionada por la pandemia. Emprenden una vez más la ruta inmoral de la teoría del derrame y vuelven a sumergir a una buena parte de la población en el pozo “a la espera de”. Una vez más la urgencia se invierte y las personas pueden esperar. Hay, abierto y sutilmente, un continuum de desprecio por la vida digna de las personas y una ausencia de ética.

Cuando la centralidad de la solución pasa en poner todos los esfuerzos en el crecimiento económico -en mantener su buen ritmo- y en el dolo de “esperar” que “todo se solucionará” se insulta a la inteligencia y se viola la dignidad humana. La inclusión social solo se

² Video mensaje a los participantes en la 109ª Conferencia Internacional del Trabajo.

defiende desde la palabrería, y los propósitos de la reactivación económica, que hoy por hoy, son mantener el modelo de desarrollo pre-pandémico -con sus mitos y falacias- donde “sus reformas inevitables” a favor de la desregulación han producido una grave deuda humana, social y ecológica. Nada nuevo. Mantener un desarrollo inmoral en el que, recordando a Manfred Max-Neef, *nunca hay suficiente para los que no tienen nada* (¡deben esperar!), *pero en el que siempre hay suficiente para los que lo tienen todo*. Basta una mirada a los primeros pasos de la llamada “recuperación”: crece el PIB y no aumenta el bienestar ni la calidad de vida de la población; crece el capital y no hay empleo digno, especialmente para las mujeres y para lxs jóvenes; mejoran los índices de rentabilidad de las industrias y la precariedad salarial se consolida; hay subida de los indicadores bursátiles y hay más pobreza; se incrementan las tarifas en los servicios públicos y el empobrecimiento de la mayoría de hogares aumenta.

En los últimos años, mientras observábamos el crecimiento de la renta per cápita, el aumento del PIB, el crecimiento de las inversiones, los grandes e indecentes beneficios bancarios y la maximización de los beneficios de las empresas privadas que comercializan los bienes y servicios básicos (sanidad, protección social, servicio de acueductos y alcantarillados, saneamiento, energía, telecomunicaciones, etc.); el desempeño de los servicios no mejoró en eficiencia ni en calidad, la tercerización de las empresas para reducir costos aumentó, los salarios de lxs trabajadorxs y profesionales de clase media no subieron, los escándalos de corrupción en los procesos de privatización persistieron, las tarifas de los servicios tuvieron aumentos considerables, la exclusión de prestaciones y servicios en salud se incrementaron, la pobreza no bajó, las brechas sociales se ahondaron, la desigualdad aumentó.

La pluralidad de medidas y políticas de reactivación de inversión-productiva y del consumo son cortoplacistas porque se asientan en el “retorno a la normalidad pre-pandémica”, pero no reconocen que es precisamente esta “normalidad” el problema. De la misma manera, las políticas de apoyos económicos y subsidios, incluida la improvisación y proliferación de llamadas “rentas básicas” que se apropian del término pero se asemejan más a un subsidio parcializado que al concepto original de la Renta Básica Universal e Incondicional³, en la práctica tiende a ser más de lo mismo. No hay cambios. Se olvidan de las claves del desarrollo y se orientan a mitigar el hambre y sostener el malvivir de una amplia capa de la población produciendo y reproduciendo la exclusión y las desigualdades.

Las estrategias de reactivación económica, hoy por hoy, mantienen los esquemas de exclusión. El crecimiento no es suficiente para reducir la pobreza; por sí mismo tampoco favorece la igualdad ni dinamiza la inclusión de una gran parte de la ciudadanía en los beneficios del desarrollo. Tampoco son estrategias de transformación para erradicar la inequidad y las desigualdades sociales. Si bien se puede entender y ser legítimo que para mitigar los efectos de la emergencia social y económica implica activar lo que se tiene y dinamizar la economía. No se puede ignorar el horizonte. Hay que repensar la agenda del desarrollo, se debe invertir la lógica e identificar y asumir las nuevas prioridades desde la centralidad de lo común.

³ La Renta Básica se define por cuatro criterios fundantes: universal, individual, incondicional y suficiente para garantizar una existencia digna y la participación en la sociedad; y en base a la intencionalidad política de que no sustituye al Estado del bienestar, sino que lo completa y transforma.

Con la misma partitura indolente y excluyente no se van a superar las condiciones de pobreza y desprotección en la que vive una amplia capa de la población, no se van a erradicar las desigualdades de género que discriminan y violan sistemáticamente los derechos de las mujeres -discriminaciones que tan bien van para la rentabilidad del capital y el crecimiento económico!-, no se va a construir un hábitat salubre y digno para todas y todos, y, mucho menos va a llegar un desarrollo sustentable (económico, social y ambiental).

Se necesita desde el imperativo ético y humano un cambio de paradigma y de prioridades. La crisis de la pandemia no sólo lo ha puesto en evidencia y señala donde están las responsabilidades, sino que ha incrementado el sufrimiento humano, la discriminación social y las desigualdades sociales. El modelo de desarrollo actual es segregacionista y excluyente, viola permanentemente la dignidad humana de una mayoría de la población, impide la satisfacción plena de sus necesidades, socava sistemáticamente sus derechos humanos y destruye la "*Casa común*".

El desafío es detener este 'no-desarrollo' orientado a la destrucción humana, social y ambiental. Para ello es necesario en todos los niveles –estatales, regionales o locales- una real participación de todxs lxs agentes del desarrollo sin discriminaciones. Hoy en los debates de toma de decisiones de cómo debe orientarse la reactivación económica, gran parte de la sociedad civil organizada (organizaciones de mujeres, jóvenes, grupo étnicos, ciudadanxs de clase media, org. sociales, trabajadorxs de la economía social y popular urbana, campesinxs, etc.) queda excluida y reducida a beneficiarixs. Las respuestas y soluciones son subsumidas por el pensamiento y los intereses prioritarios de los mismos que generaron este contexto de crisis, desigualdad y precariedad manteniendo inalterado el modelo desarrollista acumulativo y depredador pre-pandémico que ha ocasionado una destrucción de la trama societal y medio ambiental.

Desarrollo: nueva lógica y nuevo sentido para la Vida

Este panorama en tiempos de reactivación pre-pandémica es común en todos los territorios (nacionales o locales, urbanos o rurales) obliga a repensar y replantear, como construcción colectiva y participativa –no como patrimonio de un reducido grupo dominante que ostenta el poder por encima del resto-, las prioridades del desarrollo desde una nueva lógica. Una lógica que recupere y tenga como centralidad el sentido de lo humano y de lo común en el desarrollo. Debería ser una oportunidad para priorizar el desarrollo local en sus dimensiones y potencialidades orientándose, en gran medida, hacia la satisfacción de las necesidades humanas y la vida digna. Todo ello exige e implica un nuevo modo de interpretar la realidad, asumir la nueva lógica y abrigar el imperativo ético para intervenir.

Pero de la misma manera se abren profundos interrogantes. Conforme la crisis ha ido desarrollándose y las medidas de apertura se han ido instalando, ha quedado en evidencia el hecho de que no estamos todxs juntos en el mismo barco y que dejarse llevar por creer en un futuro lleno de solidaridad y de responsabilidad colectiva es más una quimera que una realidad posible. Nuestra sociedad permanentemente promueve y sostiene valoraciones contrarias a la solidaridad, al compartir, a construir fines propios colectivos, a lo común, a la sustentabilidad.

A la incertidumbre de la crisis se le suma la contradicción de la condición humana que caracteriza el momento. No parece que seamos capaces de superar el legado cultural que predomina en la sociedad y en mayor o menor grado en todos los sujetos del desarrollo. Un nuevo desarrollo desde lo ético y lo común significa y exige transformar y renunciar al arraigo sociocultural del individualismo, de la centralidad del yo materializado en el culto de lo privado, del éxito personal, la competencia, el emprendimiento, de la prioridad en el interés propio, del “todo vale”, del compromiso transitorio, de la cosificación de las personas y del imperio del efímero en el tener y consumir. Valores y valoraciones inculcados en todos los ámbitos educativos, sociales y económicos que han conducido a la exclusión (social, económica, política) y a rechazar y negar cultural y simbólicamente a los otros. Claro está, hay excepciones, pero son excepciones.

Nuestra sociedad de mercado y tecnociencia para sostenerse y para su funcionalidad requiere de un determinado tipo de hombre y mujer. Rara vez es motivo de reflexión, pero los cambios que se anhelan requieren romper con este tipo actual de ciudadanx medio (en todas las clases sociales) sometido a la razón instrumental que necesita y exige el sistema vigente. La mentalidad mercantilizada se presenta en la mente de la mayoría de la ciudadanía. Una gran parte de la ciudadanía, aunque demande derechos sociales, de reconocimiento identitarios, de diversidad y ambientales; al mismo tiempo, honra al individualismo, a las privatizaciones, a la meritocracia, a la competencia, al cálculo del interés propio...La mercantilización y el consumo afirman la expresión de la individualidad y ensalzan el ejercicio de libertad con miras a la realización personal y la distinción. No es precisamente la ciudadanía de hoy, el sujeto virtuoso de la democracia de Montesquieu. No fundamenta los esfuerzos en una alternativa democrática en igualdad y solidaria.

Lo único que quizás es cierto, en estos momentos, es el empeoramiento social; pero, también, la interdependencia y la importancia de lo público, de lo colectivo y de los espacios de lo común para dar respuestas efectivas y no seguir creciendo a costa de la injusticia social y el no reconocimiento de la dignidad humana a la mayor parte de la humanidad. Revertir esta situación de desigualdad y discriminación humana y de devastación ambiental es apremiante. Aquellas expresiones de la sociedad que le apostamos al cambio en aras a la equidad, al bien común y al bienestar para todas y todos deberemos preguntarnos hacia donde debe ir el cambio del desarrollo para ser realmente humano y sustentable. Cuál debe ser el nuevo modelo de desarrollo –sin nostalgias- que tenga como centro la Vida y promueva una sociedad justa, solidaria y armónica.

Asimismo habrá que trascender el discurso y la reflexión abstracta-teórica. Habrá que identificar los desafíos, repensar las prioridades y plantear y definir estrategias de transformación con abordajes amplios e integrales, que involucren desarrollar conciencia y procesos formativos sobre valores y valoraciones socioculturales de corresponsabilidad en el presente y futuro. Centrados, como afirma Nancy Fraser, *en forjar una nueva alianza de emancipación y protección social contra la mercantilización descontrolada*. Orientado, todo, a historizar los derechos humanos⁴ para la concreción de la justicia y equidad social a favor de la dignidad humana para todas y todos; y en construir una sociedad del cuidado beneficiosa para la vida tanto a nivel humano y social como ambiental.

⁴ Al respecto ver Ignacio Ellacuría. (1979). Derechos humanos en una sociedad dividida. Christus. 1979.

Hoy, ante una crisis que atenta contra la vida y la propia humanidad es necesario un nuevo modelo de desarrollo humano y sustentable. En esta perspectiva el rol de las organizaciones y movimientos sociales se hace fundamental para empujar e incidir en espacios y en intervenciones deliberativas para ser apropiado colectivamente y en el propio Estado. Hay que ir más allá de modificar políticas y meras medidas y mecanismos institucionales para acceder, distribuir o administrar recursos. No puede haber desarrollo sustentable sin cambios en lo sustantivo y cualitativo -sin una ética- centrada en la responsabilidad, en el cuidado y en la solidaridad. No puede haber desarrollo sustentable sin ethos (sin morada humana)⁵.

⁵ Ver al respecto Ethos (sistema racional de principios) Ethos que busca, Ethos que ama, Ethos que cuida, Ethos que se responsabiliza, Ethos que se solidariza, Ethos que se compadece, Ethos que integra en Leonardo Boff: *Ética y Moral. La búsqueda de los fundamentos*, Sal Terrae, Santander, 2004.